



**Discurso del**  
*Dr. Luis Beltrán Prieto Figueroa*

**14/03/1904 - 22/04/1993**

Pronunciado en el marco de su Candidatura Presidencial,  
Plaza de la Juventud, La Asunción, 13 de octubre de 1968.

En ninguna parte es más difícil para mí hacer un discurso que en La Asunción. Aquí nací y aquí me crié, aquí tengo sembrado todos mis afectos y aquí también creció la esperanza de hacer cosas grandes por mi país. Quiero para iniciar mi discurso pedirle prestado al poeta Pedro Laya la estrofa de su poema “La Casa del Hombre”. Dice Pedro Laya:

*“Afirmo que el lugar más bello de la tierra  
es aquél donde el hombre tiene su casa;  
aquél donde su ombligo fue enterrado  
y puesta a suerte la luz de su parábola”.*

Y yo tengo aquí mi casa y tengo aquí sembrado mi ombligo y aquí puse a suerte la luz de mi parábola. Parábola de angustias, parábola de afectos, parábola de esperanza, parábola para que en el trabajo se realizara el esfuerzo de todo mi pueblo en creaciones, que fueran al mismo tiempo expresión de cuanto él anhela, de cuanto él aspira, que es también aspiración y que es anhelo de mi propia creación y de mi propia conciencia.

Me vienen los recuerdos y no puedo evitarlos y para que no se mueran junto conmigo quiero dejarlos transitar en esta noche por encima de las cabezas de la gente que en esta tierra me escuchan y que en esta tierra me aman. Enclavado El Valle dentro de sus cuatro colinas fundamentales:

Al Norte Cerro Colorado, al Sur Número Uno y Número Dos; al Este Matasiete, de las piedras gloriosas para derrotar tiranos y al Oeste El Copey, con sus colinas de Mata-Hambre y Muere Sol. (Aquí esta Marisol, allá “Muere-Sol”, Marisol es el nombre de una extraordinaria combatiente, la esposa de Gilberto Barradas, que viene desde el llano, quizás porque el “llano es una ola que ha caído” y ella viene a buscar aquí, en este cielo claro de la isla de Margarita “una ola que no cae”).

Muere-Sol en el Oeste, y su cerro de La Libertad y su Caranta, y su Peña Negra y su Pena Blanca, correrías del muchacho que iba en busca de la fruta campesina con un grupo de amigos, que en la infancia fueron los compañeros inseparables y que ya en la adultez de la vida fueron creciendo conmigo en aspiraciones y en deseos. Algunos se perdieron para siempre en la ensenada de la

que no se regresa nunca, porque es un puerto que quien ancla no puede levantar las velas hacia el mar. Aquí, en esta tierra, en ese mismo suelo, para abonar las esperanzas de la juventud, que ahora le da nombre a esta plaza, están sembrados los huesos de mis abuelos. Aquí en esta tierra, cercanos a mi corazón, están los huesos de la gente que conmigo vivieron los gloriosos días de la infancia y muy cerca de aquí, el corral del tío Asunción, que fue, como que si dijéramos, el jardín de mi infancia, porque allí entre sus mangos y sus yucas, entre sus mereyes y sus taparos, entre sus limoneros y sus árboles crecidos para la sombra y para el solaz de los muchachos, nos perdimos muchas veces buscando una perdiz o detrás de un conejo.

Pero todo cuanto hice es expresión de una vida feliz de margariteño que sabe de la angustia de la tierra inhóspita, pero sabe también que el hombre está por encima de la tierra y hace la tierra a la medida de sus aspiraciones y de sus deseos. En mi casa de familia, madre y padre consagrados al servicio, aprendí que por encima del hombre está su bondad y que repartirlo es una manera de aumentar la heredad espiritual, porque es la única herencia que no se disminuye cuando se comparte con los demás. Lo aprendí de los labios de mi madre, que amasaba el pan que era el hambre de los hijos y cuando lo comía, en mi boca quedaba el hambre inmensa de un pueblo que no tenía que comer.

Por eso el recuerdo me llega ahora con los nombres inolvidables de los muchachos y de las muchachas con quienes jugaba la parábola de luz de mi destino. Ellos están conmigo ahora y siempre, porque nunca he olvidado esas primeras experiencias en las que el hombre se forma para la obra total de su vida total. Por eso me viene a la memoria un hombre magro, que ha envejecido en el trabajo y en el sacrificio: Plácido Fermín. ¿Qué significa este nombre para mí? Quizás ni el mismo lo sabe porque no se lo he contado nunca. Plácido Fermín, el muchacho de Las Huertas, el hijo de Francisco Laureano, tenía para mí la devoción de un compañero de aulas y de un vecino que tenía en su patio un estanque grande para bañarse y muchas frutas para comerlas juntos. Y mi padre me dijo un día que no tuviera amistad con ese muchacho. Yo no podía entender por qué no debía tener amistad con mi mejor amigo y fui a consultar a los viejos que sabían cuál era la razón de esta separación de dos muchachos, cuando eran amigos y se querían. Me contaron las lenguas que a mediados del siglo pasado el abuelo de Plácido Fermín y mi propio abuelo se trenzaron en lucha.

Era gigante el abuelo de Plácido Fermín; era Gulliver mí abuelo, David y Goliat enfrentados el uno al otro, y Goliat le dio una trompada a David y lo tiró sobre un montón de cocos pelados. Desde el suelo, David hendió su honda y puso el coco sobre el coco de Goliat. Era el pleito que empezaba en una generación que no era la mía ni la de Plácido Fermín. Y comenzó a crecer el odio en dos familias: Loreto Torcat y Baltasar Prieto, muchacho risjoso éste, el otro era también hombre valeroso y comenzaron a buscarse. Me contaba mi abuelo que para defenderse, uno de los héroes de la Independencia, tío abuelo mío, le había dado un puñal para que aquella pequeñez de cuerpo pudiera defenderse de la agresión del gigante, pero el puñal no llegó a desenvainarse y tampoco llegaron a encontrarse nuevamente el gigante Goliat y David. Pero, a principios de siglo Francisco Laureano, el padre de Placido Fermín, haciendo uso de un arma, la disparó sobre la humanidad de un tío mío, Baltasar Prieto Higuerey. El odio que venía creciendo se había transferido de los padres a los hijos, y todavía mi padre quería que yo fuera el portador de ese odio, pero yo corté el cordón umbilical del odio que nos separaba.

Placido Fermín, ahora sabes la historia que no te había contado nunca. Ahora la sabe todo el mundo y saben por qué esta amistad ha sido duradera, porque entre el odio nosotros pusimos afectos y amor para ser los amigos inseparables de siempre, ¿Por qué me viene con Placido Fermín el recuerdo de hombres y mujeres de esta tierra que estuvieron conmigo en esos días gloriosos de la infancia? Mi infancia, fue una infancia de extraordinaria placidez, porquera viví en un hogar de costumbres morigeradas, de afectos entrañables, de rigidez, a veces tensa, pero de amor controlado y bien distribuido entre los hijos. La abuela, entre sus sayas anchas, daba cobijo a sus cincuenta nietos; en sus bolsillos grandes siempre había alguna golosina con que calmar las inquietudes de los nietos, que se arremolinaban junto a ella y yo tenía lo mejor parte de ese botín de su bolsillo. Junto a la abuela crecieron también otros muchachos y junto a la abuela creció la aspiración de ser un hombre grande, porque la abuela hablaba siempre de cosas generosas que era necesario hacer, no obstante que era ella una persona de escasas luces y de recortados conocimientos. Pero no importa eso. Ella tenía un tío que era poeta, el tío Asunción Guevara, el de la finca cercana a esta plaza, un tío que era poeta y que escribía los versos que recitaban los cantadores de los Velorios de Cruz en la isla y su poesía iba de boca en boca, a

veces pagada por los cantadores, y otras veces fiadas para que los contadores la pudieran cantar.

Y toda esta historia viene porque uno a veces necesita desembolsar los recuerdos para ponerlos a correr y darse cuenta de que detrás de los recuerdos está el hombre entero y que no se puede vivir sólo de los recuerdos; que hay que hacer y realizar a cada día para que el día de mañana sea recuerdo también del día anterior, para que en cada día tengamos algo hecho para poderlo recordar mañana y no situarnos tan lejos de distancias, que no nos reconozcamos a nosotros mismos. Por eso la obra va junto con el hombre y el recuerdo como la sombra de la obra del hombre. Por eso, esta noche de los recuerdos se me van hacia los hombres ejemplares y hacia los que crearon el mito del muchacho de entonces para inculcar la parábola de luz a través de una nación.

¿Qué pueden significar en mi vida hombres oscuros y tristes que algún día me dijeron una palabra descompuesta y otro me dijeron un regaño con el palo en las manos? ¿Qué puede significar para mí un loco de esta tierra que llamábamos Galito, (Sandalo Millón), que cuando le gritábamos alguna palabra descompuesta, erguía su bastón y si nos encontraba en el camino nos los descargaba encima: ¿qué puede significar este hombre loco, que cuando le preguntábamos: ¿con quién conversas Galo?, porque iba conversando sólo, las palabras de su respuesta no se pueden decir en un mitin. Pero cuando hurgamos en el recuerdo de ese hombre y en las causas de su locura, encontrábamos que en él había la cordura extraordinaria del hombre del servicio, siempre dispuesto para hacer algo en beneficio de los demás. ¿Qué puede significar para mí el loco Jobino, que llegaba a mi casa tocando la puerta para hacer ruido que oyera mi madre, que le quería y le gustaba siempre alguna cosa?

¿Qué puede significar la filosofía puesta en la boca de un loco?: que la locura también tiene su filosofía. Alguna vez Jobino llegó a mi casa y mi madre le dijo: “Jobino yo creía que te habías muerto”, y Jobino le contestó: “Fita, si me hubiera muerto no te lo negara”. Otra vez Jobino andaba con una inmensa piedra sobre la cabeza y la gente se preguntaba: “¿Jobino, que vas a hacer con esa piedra? y él contestaba: ¡Cada loco con su tema!”, hasta que llegó a la casa de Panchita Lares, en donde había un inmenso árbol de cautaro y en su pie, dormido, el inmenso perro de Panchita Lares, y Jobino, que encontró al perro dormido, le

descargó la piedra encima y le dijo: “el que tiene enemigos no duerme”. En una oportunidad Jabino llegó a mi casa y encontró a mi madre enfurecida y para calmarla, cuando mi madre dijera: “Ojala me muriera para descansar” el loco comentó: “Fita, no es posible, con dos metros de tierra arriba”. Allí tienen ustedes cómo la filosofía de un loco puede servir para el recuerdo y para señalar un hito en la vida de la gente. Pero aquí veo a uno de esos penitentes que no aprenden nunca que uno le dice mal jugador de trompo pero excelente jugador de trampas, Francisco Prieto Salinas, mi hermano y mi compañero de los días primeros de mi vida. En el patio de su casa, debajo de los cerezos, jugábamos a las metras, jugábamos a los trompos y cuando nos fastidiábamos, saltábamos la empalizada del viejo Santiago, el abuelo del Padre Montaner.

El abuelo Santiago no tenía muy buenas pulgas y nos sacaba también del patio de su casa, junto con su nieto, que era un muchacho travieso, muy travieso. Este Francisco Prieto un día hizo una apuesta conmigo, a que no me comía un ají que picaba como saco de ajíes. Intenté comerme el ají para ganarme la apuesta, pero la perdí. Con este Francisco Prieto, hice el viaje fuera de mi isla, el primerizo viaje a las tierras de Sucre. Juntos pescamos el paludismo, y juntos trabajamos, catorce, quince, dieciséis horas, juntos sabíamos de eso de vadear un río, sabíamos de cultivar el cacao y de hacer todo el laboreo de la tierra. Este aprendizaje del muchacho, que es el aprendizaje que he llevado toda mi vida. Me han servido las trampas de Francisco, para salvarme de las trampas de otros que no tenían la buena intención de Francisco. Y un hombre, a quien me encontré baldado ya, en la desembocadura del Orinoco, en Tucupita, ¿qué significa? Una noche de un mitin vi una figura magra alta y ya encorvada y reconocí a Víctor Figueroa. Tenía muchos años fuera de la isla. Ahora lo encontré con la esperanza de volver, pero sin el esfuerzo generoso para incorporarse de nuevo a la tierra, y le dije: *“Vete a Margarita y te curas, porque el que no se cura allá se muere definitivamente”*. Víctor Figueroa me hizo el primer trompo que bailaba como un corazón amarrado a una cuerda y tenía tañidos expresivos de la emoción puesta en un discurso que se deja caer sobre la gente para serenar los espíritus o para exaltarlos en las grandes pasiones o en las obras generosas que debemos cumplir. Qué decir de otros muchachos que conmigo vivieron; qué decir de otras mujeres que alentaron mi esfuerzo.

Recuerdo que en 1946 estuve aquí para revisar los trabajos del dique de La Asunción. Caminaba por los bordes del canal, junto con el Ministro de Obras Públicas, el Dr. Luis Lander, de repente una mujer enteca, con un haz de chamizas en los brazos, soltó las chamizas al verme y me tendió las manos, era Chinda Requena, emocionada me dio un abrazo y me dijo viéndome a la cara: “¿Es verdad que tú estás en el gobierno?” y le respondí: “Sí, Chinda, estoy en el gobierno” y ella me replicó: “¡Así será ese gobierno!”, porque en la mente de Chinda Requena estaba presente lo que era el muchacho juguetón y travieso, que algunas veces con su hijo Juan cometía algunos despropósitos. Ella sabía de las travesuras del muchacho a lo largo de la calle de El Copey, que no tiene nada que ver con el otro Copei. Y ¿Aleja Tenías y María Salinas, qué significaron en mi vida? Eran dos personas mayores, en cuya casa encontraba siempre frutas y café, y alguna lección valiosa. La que la señora Aleja daba a su hijo, que era mi compañero, a Julián Tenías. Este es uno de los que se fue y no tomará más, pero queda en el recuerdo por su morigerada manera de ser, que ojalá haya transmitido a los hijos, frutos de un amor de gran intensidad en que él puso todo su deseo de hombre y toda su aspiración de ciudadano. Si me pongo a contar todas las cosas que contribuyeron a crear el hombre entero que soy, pasaríamos la noche y habría que hacer una biografía. Algunos quieren saber lo que yo he hecho.

Tú, Montesinos Castillo, cuando tengas tiempo ponle a esos curiosos la grabación de mi discurso de Aguasay, que tú llamas “Cuentas Claras”. Allí sabrán lo que yo he hecho. Pero también yo he deshecho muchas cosas. Así como deshice el cordón umbilical del otro odio entre dos familias de Margarita, también he destruido muchas ambiciones mezquinas de hombres y mujeres que en este país quisieron tomar por asalto la República para adueñarse de ella. He destruido muchas ambiciones de ignorantes que aspiraban a hacer de su ignorancia una especie de título especial para la malechuría. Querían hacer de la ignorancia una manera de servirse a sí mismos, les puse al trote y les destruí el camino. Yo he destruido muchas cosas malas, así como rompía los lazos para que no cogieran los amigos y compañeros las tórtolas y las perdices, y como desamarré el conejo en la trampa del amigo. Yo aprendí en esa manera margariteña de ser que muchos hombres que comprometen su vida en una empresa, si no ponen por delante de esa empresa su corazón y su lealtad fracasan en ella. Es más, los que alientan empresas para aprovecharse de los

intereses de la nación, poniendo por delante sus propias ambiciones, esos me encontrarán siempre en el camino para romperles las trampas y para quitarles el conejo que han atado en la cuerda.

Tierra margariteña, noble de La Asunción, tierra mía: clavada está en mi espíritu tu extraordinaria calidad humana. Los huesos de los muertos aquí enterrados en este mismo lugar son abono fecundante para una obra de creación que he ambicionado siempre. No aspiro, y lo sabe la gente que me conoce, al poder por el poder mismo; no me regodeo en las posiciones pensando que voy a beneficiarme. Apelo al testimonio de los muertos grandes de esta tierra que se murieron con las manos limpias y la conciencia limpia. Apelo a ellos para que sepan que su obra humana y su propósito de creación de grandes obras tienen en mí un sostenedor de vigorosa voluntad y de clara inteligencia para transitar el camino de reivindicaciones de mi pueblo. Apelo también al testimonio de los vivos, que me han visto luchando, a los que saben de mi angustia y de mi fe, a los que saben de mi dolor y de mis sentimientos, y a los que saben de mis alegrías y de mis torturas, a esos apelo para que sepan que yo no tuerzo el camino y que el camino recto que he tomado habré de transitarlo siempre, cualquiera que sea el destino que me fije el pueblo de Venezuela.

Anda por allí mi candidatura presidencial, no la busqué, conterráneos de La Asunción, amigos de Margarita, compañeros de mi infancia, no la busqué. Estaba lejos de mi intención este ajetreo por la candidatura presidencial, pero vinieron a mí hombres y mujeres a decirme que “Venezuela necesitaba un hombre de experiencia y de capacidad, de lealtades comprobadas, que asumiera la responsabilidad de tomar sobre sus hombros la candidatura presidencial, en representación del pueblo de Venezuela. Dudé un rato y un día y otro día, pero no pude negarme a la insistencia y aquí me tienen ustedes, sobre los hombros la candidatura que llevo con orgullo de margariteño, con lealtad cabal de venezolano y con dignidad de hombre y de ciudadano que sabe de sus responsabilidades y las pone a prueba en cada momento que le toca actuar. Por eso la candidatura presidencial mía, es una candidatura de pueblo: mí pueblo de Margarita, en estos cuatro días, me ha dado una demostración de que en realidad, mi candidatura no es mía, sino de ellos, que la han puesto a caminar con singular energía, con alegría fervorosa, con música que sale de la tierra.



Francisco Mata, este cantor popular, en un polo de la tierra, puso sus versos que ya son una canción nacional que recorre al país del uno al otro extremo. José Ramón Villarroel, canta y toca los aires de la tierra, los copleros de esta tierra han puesto su ingenio y hasta su sal a la candidatura presidencial para llevarla a lo largo del pueblo y han hecho como una generosa siembra de fe, en los corazones venezolanos que ya ahora se mueven al compás de esa música y alientan el sentimiento que inspiró a los hombres que la escribieron y a los hombres que la tocan y cantan, candidatura presidencial que tiene un sentido distinto de las otras candidaturas: se mueve alegre sobre la tierra venezolana, no alienta rencores ni fomenta odios, no arremete adrede a quienes se oponen a ella, sino que, a la inquina, enfrenta ideas, a las conductas torcidas, pone en el camino conductas que van derecho en el rumbo de realizar una patria de todos. Por eso esta candidatura presidencial, tiene sabor de pueblo.

A veces me despojo de la investidura que ustedes me han puesto, para sentirme pueblo con ustedes y nunca sentí una compenetración mayor que en estas grandes concentraciones en que el pueblo se expresa y dice sus palabras, algunas veces malas palabras. Pero hay un hombre que se encargó de desentrañarlas buenas y las malas palabras para darles el significado que tienen en el pueblo y encontró que las malas palabras no son tan malas, porque los malos son los que las dicen. Hay algunas palabras margariteñas que si se dijeran en la Universidad saldría corriendo la gente, no obstante nosotros sabemos con qué ingenuidad se dicen esas cosas, como la palabra no tiene el sentido que otros le dan, cuando la oyen en boca de un hombreo una mujer margariteña. Las palabras son buenas en la medida en que contienen un sentimiento de pueblo. Hay palabras que son malas aun cuando las diga un doctor en la Universidad, porque llevan por dentro la perversidad y la corrupción de un hombre. Por eso cuando yo me hago pueblo y me confundo con la gente y oigo sus palabras, algunas dichas en forma un poco parabólica, me asombro de encontrarme, unidad y multitud, y ser al mismo tiempo Luis Beltrán Prieto y pueblo venezolano.

Alguna vez desde la puerta me grita una persona: “Abajo Prieto” y yo me río con maliciosa ingenuidad. “Abajo Prieto”, esa persona no sabe lo peligroso que soy yo puesto abajo. Hugo Montesinos Castillo, que está allí, me ha oído contar en varias historias varias veces una anécdota que tiene un escenario

cercano a esta plaza. El General Santos Bellorín, robusto y joven se paseaba por el Boulevard Cinco de Julio, al tiempo que llegaba de La Aguada el General Carlos Rojas y se desmontaba de su caballo. Eran enemigos los dos generales y se enfrentaron. Santos Bellorín, muy joven, puso en el suelo al General Carlos Rojas, de mayor edad, e intentó darle golpes desde arriba, pero el General Rojas se acordó de que tenía las espuelas puestas y se las clavó desde abajo y Santos Bellorín gritaba: “Auxilio, sáquenme a este hombre de abajo”.

Como moraleja les digo a los que quieren verme abajo que yo tengo siempre las espuelas.

Ahora, pueblo mío, pueblo de La Asunción, pueblo generoso y pueblo grande: tu historia va conmigo, yo soy parte de esa historia porque he contribuido a hacerla en la medida de mi capacidad. Ustedes también tienen una parte en esa historia, haciéndola generosa y grande para que en ella quepa la ambición de nuestros héroes y la inspiración de todos, jóvenes y viejos de estas tierras, hombres y mujeres que sembraron su angustia, que buscaron lejos de la tierra el bienestar que no encontraron y que se sembraron en esta isla para seguir luchando en ella, y yo entre todos, unidad y multitud a la vez, quiero ser el intérprete de mi pueblo, realizando desde la Presidencia de la República la obra que ustedes han soñado.

**La Asunción, 13 de octubre de 1968.**

**TEXTO DIGITALIZADO PARA USO ACADÉMICO Y EDUCATIVO, SIN FINES DE LUCRO.**

**Ilustración de portada:** Carlos Stohr. *Maestro Luis Beltrán Prieto Figueroa*, 2014.

**Transcripción, corrección, diseño y diagramación:**

**Licdo. Frank Omar Tabasca**

frank\_otl@hotmail.com

La Asunción, estado Nueva Esparta

Septiembre de 2021